

Historia personal de una desmesura: los “foessas”

A Personal Account of an Excess: the “Foessas”

Amando DE MIGUEL

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Sociología II (Población y Ecología Humana)
fontenebro@msn.com



Recibido: 22.4.08

Aprobado definitivamente: 3.6.09

RESUMEN

Se trata de una investigación sociológica muy ambiciosa. En su día fue muy influyente porque marcó un nuevo estilo de hacer sociología empírica. Se realizó por un equipo independiente sin ninguna vinculación con otras instituciones. Prácticamente todos los colaboradores del equipo en 1970 eran estudiantes y, una generación después, muchos habían llegado a catedráticos de Sociología. El método integraba, por primera vez en España (con solo el antecedente del primer FOESSA, en 1966), los datos de encuesta con los llamados “datos secundarios” (estadísticas, documentos, etc.). La línea de investigación era muy descriptiva. Quizá no podía ser de otra forma, vista la falta de estudios básicos sobre la estructura social española. El análisis de encuesta se hizo por ordenador (entonces no existían los ordenadores personales) y el estadístico con una calculadora de mesa, que hoy podría ser una pieza de museo.

El sistema de trabajo fue intensísimo, con una dedicación fuera de lo común. Cada capítulo recibió varias versiones, lo que supuso un esfuerzo considerable. Recuérdese que todavía no se había superado la máquina de escribir. Una novedad de esta investigación fue que se dirigió más allá del mundo académico, a un público variado en el que estaban profesores de enseñanza media, opositores a cuerpos de funcionarios o periodistas, entre otros grupos. Un suceso inesperado rodeó de un cierto aurea de respetabilidad el trabajo de los investigadores. El capítulo 5 (Vida política) fue arrancado por la censura del volumen impreso. El volumen se distribuyó de esa forma mutilada. Años después una parte de ese capítulo se tradujo al inglés y se incluyó en un volumen compilado por Stanley Payne. La noticia de la censura del capítulo 5 hizo que circularan numerosas copias a multicopista del original. En el año 2000 publiqué el capítulo como apéndice en mi libro *El final del franquismo. Testimonio personal*. Una de las hipótesis centrales del estudio fue que los intensos cambios económicos de los años 60 iban a traer una necesaria alteración política en la dirección de una democracia. Así fue.

PALABRAS CLAVE: Sociología empírica, encuesta, datos secundarios, estructura social española, censura, franquismo.

ABSTRACT

This was a very ambitious sociological investigation. In those days it was very influential because it marked a new style to make empirical sociology. It was made by an independent team without any link with other institutions. Practically all the collaborators of the team in 1970 were students and, a generation later, many had become Sociology professors. The method integrated, for the first time in Spain (with only the antecedent of the first FOESSA, in 1966), survey data with the so-called "secondary data" (statistics, documents, etc.). The line of research was very descriptive. Perhaps it could not be another form, considering the lack of basic studies on Spanish social structure. Survey analysis was accomplished with computer (then personal computers did not exist) and the statistical one with a table calculator, that today could be a museum piece.

The work system was very intensive, with an uncommon dedication. Each chapter had several versions, which supposed a considerable effort. Remember that the typewriter had not been surpassed yet. A new aspect of this investigation was that it went beyond the academic world, to a diverse public in which there were High School teachers, students in their training period to become civil servants or journalists, among other groups. An unexpected event surrounded by a certain golden respectability the work of the investigators. Chapter 5 (Political Life) was taken by the censorship off the printed volume. The volume was distributed with that mutilated form. Years later a part of that chapter was translated into English and included in a volume compiled by Stanley Payne. The news of the censorship of chapter 5 caused that numerous copies of the original one circulated. In 2000 I published the chapter as appendix in my book *The end of Francoism. Personal testimony*. One of the central hypotheses of the study was that the intense economic changes of the sixties were going to bring a necessary political alteration in the direction of a democracy. Thus it was.

KEYWORDS: Empirical sociology, survey, secondary data, Spanish social structure, censorship, Francoism.

Una obra sociológica como la que aquí se describe es parte de mi biografía intelectual. En su trazo cuentan mucho los factores de azar junto a los más objetivos que acompañan al trabajo y al mérito. Se precisan algunas notas biográficas y de contexto, que están pidiendo el verbo en primera persona.

Desde 1954 a 1960 cursé los estudios de Licenciatura y Doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas (sección de Políticas) de la Universidad Central de Madrid. En la sección de Políticas no había más que tres asignaturas propiamente sociológicas: Filosofía Social (Salvador Lisarrague), Sociología (Enrique Gómez Arboleya) y Teoría del Estado (Manuel Fraga). Aun así, las tres se orientaban más como Historia del pensamiento o Filosofía. No se hablaba de España, por extraño que pudiera parecer. Mi primera orientación profesional fue la de dedicarme a la rama sociológica y, en efecto, antes de concluir los cursos de Licenciatura era ya colaborador ("ayudante" sin sueldo) de Lisarrague y de Fraga. El trabajo consistía en asistir a clase con el catedrático y en corregir exámenes. Arboleya murió en 1959. En ese año obtuve una beca muy bien dotada para seguir el curso de organización de empresas en la Escuela de Organización Industrial (EOI) de Madrid. Pensé vagamente que podría ser una salida profesional la de las "relaciones humanas", como entonces se llamaba la gestión de personal o de recursos humanos. Empecé a leer libros de Psicología Social. Al mismo tiempo empecé a colaborar con el recién creado Instituto de la Juventud en la monumental Encuesta de Juventud ("los presupuestos mentales de los jóvenes") invitado por José Mariano López-Cepero, que había sido adjunto de Arboleya. Esa experiencia iba a ser muy instructiva para mí al poder aplicar las técnicas de encuesta, que entonces eran una novedad y un arcano. Fue definitiva la participación de Juan J. Linz en el equipo realizador de la Encuesta de Juventud. Ese episodio aparece narrado con detalle en mi libro *Dos generaciones de jóvenes, 1960-1998* (Madrid: Instituto de la Juventud, 2000), en el que se incluye un minucioso estudio de Miguel S. Valles, "Historia oral de la primera Encuesta de Juventud". Fruto de mi colaboración inicial con el Instituto de la Juventud fue el trabajo "Sociología del pequeño grupo juvenil" y la

Antología de Galdós. Fueron mis primeras publicaciones.

Añado ahora que la experiencia de la EOI fue particularmente enriquecedora, sobre todo porque recibí la influencia de las clases de José Luis Pinillos, entonces volcado hacia la Psicología aplicada. El azar quiso que Pinillos invitara a Juan J. Linz (que estaba disfrutando de un año sabático en España) a dar una lección en su clase. La lección fue algo novedosísimo para mí. Asistí embelesado a una exposición sobre Sociología empírica. Fue realmente mi "caída del caballo", es decir, mi conversión a la Sociología empírica. Después de la clase llevé a Linz a su casa (en mi moto) y estuvimos charlando mucho tiempo. Me propuso que le hiciera algunas entrevistas para la Encuesta sobre Empresarios que estaba realizando él en España. Viajé a Alicante, Cádiz, Guipúzcoa y otras provincias haciendo entrevistas, aparte de coordinar al resto de los entrevistadores. Fue mi primer trabajo como investigador. Tanto entusiasmo le puse a ese trabajo que Linz me ofreció concluir el trabajo de campo y organizar el análisis de los datos, pues él tenía que volverse a la Universidad de Columbia.

Como pago en especie, Linz me regaló algunos libros de Sociología: *Social Theory and Social Structure* de Robert K. Merton y *The Language of Social Research* de Paul F. Lazarsfeld. Fueron mis "cartillas" para aprender inglés y para apoyar el análisis de la Encuesta de Empresarios, objeto de mi tesis doctoral. En menos de un año presenté la tesis, que era realmente una novedad, sobre todo por el análisis de encuesta que realicé con los "cerebros electrónicos" de la casa IBM de Madrid. El tribunal, presidido por Fraga, me dio la máxima calificación; acaso impresionado por la novedad tecnológica de la investigación.

Solicité una beca Fulbright, que obtuve con el número uno, y en el verano de 1961 me embarqué para la Universidad de Columbia (Nueva York). En ella estuve dos años, y uno más en el prestigioso Ford Center (oficialmente Center for Advanced Studies in the Behavioral Sciences) de Palo Alto (California). Recibí una gran influencia de los cursos de Robert K. Merton, Paul F. Lazarsfeld, William Goode, Daniel Bell, Richard Christie, entre otros. Estaba decidida mi orientación hacia la Sociología empírica.

Aparte de los cursos de maestría, lo fundamental fue la estrecha colaboración con Linz. Durante ese tiempo analizamos a fondo la Encuesta de Empresarios y publicamos más de una docena de artículos derivados de esa investigación. Uno de ellos se transformó más tarde en libro (*Los empresarios y el poder público*). Ese libro recibió unos pequeños retoques de censura, pero pudo publicarse en el Instituto de Estudios Políticos. Juntos publicamos también una investigación sobre "The eight Spains", que ampliaba un trabajo escolar que yo había hecho sobre "The three Spains". Durante ese tiempo, y gracias a la facilidad del centro de cálculo del Ford Center, analicé con detalle la Encuesta de Juventud, de cuyo trabajo resultó una serie de media docena de artículos que publiqué en la *Revista* del Instituto de la Juventud. Como estudiante en Columbia colaboré estrechamente con mi compañero de clase, Juan González-Anleo. Hicimos juntos un estudio cualitativo sobre una iglesia pentecostal en Nueva York.

Tuve que interrumpir mi estadía en los Estados Unidos al haber agotado todas las prórrogas del servicio militar. Volví a España pero me encontré que mi modesto puesto de ayudante en la Facultad de Políticas estaba cubierto. No hay mal que por bien no venga, pues un antiguo profesor de Estadística de la EOI, José Román, a la sazón director de una empresa de mercados, Iberométrica, me ofreció colaborar con él. La idea era que yo desarrollara la parte de encuestas de opinión pública, algo que era entonces una novedad. Fruto de esa colaboración fue la iniciativa de crear una empresa aparte, Data, en 1965, que pasé a dirigir. Me independicé de Iberométrica y llamé a colaborar conmigo a Francisco Andrés Orizo y a Manuel Gómez-Reino (a la sazón vinculados al gabinete de estudios del Ministerio de Trabajo), a quienes había tratado con ocasión de la Encuesta de Juventud. Se incorporó también J. Julio Feo (a quien había conocido yo en California) y José Luis Romero y Amparo Almarcha (entonces estudiantes), entre otros procedentes de Iberométrica.

Los medios de la nueva empresa eran modestos, pero innovadores. Contábamos, por ejemplo, con una clasificadora-contadora IBM, el mismo modelo que yo había manejado con Linz en el famoso Bureau of Applied Social

Research de Columbia. A lo largo de tres años dirigí algunos estudios de opinión, todos ellos de naturaleza aplicada y descriptiva. Quizá valga la pena recordar una encuesta preelectoral que realizamos para el periódico *Madrid* en 1968. El periódico Madrid fue una rara aventura política e intelectual, dirigida por Rafael Calvo Serer y Antonio Fontán. Pudo atreverse a una tímida "oposición" al régimen gracias a la vacilante apertura que significó la Ley de Prensa de 1966 ("Ley Fraga"). La encuesta electoral constituía realmente una novedad, aunque las "elecciones" a las que nos referíamos eran las municipales de Madrid y, naturalmente, no había partidos políticos. Solo había dos candidaturas, la oficial y la "independiente". Ganó la oficial y no supimos anticipar el resultado. Pero la experiencia resultó muy interesante. Fruto de esa colaboración fue mi incorporación al equipo editorial del *Madrid*, donde empecé a publicar artículos de divulgación sobre la sociedad española. Ese género me iba a ayudar a perfilar mi estilo literario, hasta el momento demasiado escolar y académico. Desde entonces no he perdido la orientación que ha tomado mi actividad profesional: dirigirla más hacia el público que hacia los colegas. No ha sido siempre cómoda una posición tan extravagante.

A comienzos de 1966 ganamos un concurso en Data, convocado por la Fundación Foessa para la realización de un *Informe sociológico sobre la situación social de España*. La Fundación Fomento de Estudios de Sociología Aplicada (FOESSA) se había desarrollado a partir de Cáritas Española y de un primer informe descriptivo y aplicado, el Informe CCB (Comunicación Cristiana de Bienes) de 1962. Se quería introducir ahora el conjunto de las técnicas sociológicas modernas (de los Estados Unidos) para el estudio de los problemas sociales españoles, todo ello realizado de modo independiente. Era evidente que el perfil de Data se correspondía exactamente con esa pretensión.

Antes de concluir ese año de 1966 (en el que se promulgó la Ley de Prensa o "Ley Fraga", aboliendo la censura previa) se presentó el *Informe sociológico sobre la situación social de España* (Madrid: Euramérica, 1966) (en adelante F1). Se inspiró expresamente en los trabajos que había desarrollado yo con Juan J. Linz, en los Estados Unidos.

El F1 se basó en una encuesta nacional de 2500 hogares, en cada uno de los cuales se entrevistaba al ama de casa y al cabeza de familia o varón activo de más edad. La novedad era una muestra tan amplia y su análisis a través de ordenadores electrónicos. En esa tarea contamos con la colaboración de José Luis de Miguel (recién licenciado en la Escuela de Arquitectura de Madrid). Juan J. Linz era nuestro sociólogo de cabecera para las cuestiones bibliográficas y técnicas. Además de la encuesta, se añadía el "análisis secundario de fuentes estadísticas y todo tipo de datos oficiales, además de la literatura sociológica comparada. El tono era principalmente descriptivo, pero se entraba a interpretar los aspectos sociales del intenso desarrollo económico que por entonces afectaba a la sociedad española. Se respiraba el ambiente, no ya de desarrollo, sino de "desarrollismo", auspiciado por los gobiernos "tecnocráticos". Era una fórmula de legitimación del régimen franquista. Los capítulos centrales del F1 eran estos: población, estructura económica, alimentación, sanidad, educación, vivienda, trabajo, problemas sociales, actitudes básicas y pobreza.

Una curiosidad. En el capítulo sobre la pobreza introduce el cálculo del número de pobres que por entonces se hacía en los Estados Unidos en la "guerra contra la pobreza", la que se planteó con Kennedy e implementó Johnson. Era algo tan elemental como partir de la curva normal de distribución familiar de los ingresos (sumamente aproximada) y cortar por la línea del 20% de los hogares con menos renta. Ese cálculo daba como resultado, con mucha aproximación, que en España había más de siete millones de personas que estaban por debajo del "telón de la pobreza". A pesar de que ese cálculo era perfectamente comparable con el de los países industriales, el dato saltó a los periódicos de esta forma: "En España hay ocho millones de pobres". El dato se repitió hasta la saciedad en reportajes, entrevistas y declaraciones. Detrás estaba la seriedad de la Sociología. No solo eso. A partir de entonces y hasta hoy mismo los medios de comunicación han seguido diciendo que "en España hay ocho millones de pobres". El cálculo se basa en reproducir el método del 20% de hogares con menos ingresos. Es más, se sigue diciendo en algunos medios que "en España hay un 20% de pobres", lo que no deja de ser

una tautología. Es un caso muy expresivo de la taumaturgia científica.

Se observará que en el esquema del F1 no había lugar para cuestiones de opinión pública o de estructura política. En teoría la vida pública española respiraba un cierto aire de libertad después de la Ley de Prensa, pero solo en comparación con el período anterior del régimen en el que las autoridades desplegaban ínfulas totalitarias. Ahora pasaba a ser simplemente un régimen autoritario (según la definición de Juan J. Linz), pero todos sabíamos que eran muchas las limitaciones para alcanzar un ambiente de verdadera libertad. En resumen, se había abolido la "censura previa" pero seguía funcionando una estricta censura política y, naturalmente, se complementaba con la sistemática autocensura por parte de los periodistas y escritores. Aún así, el F1 se encontraba muy lejos de la literatura laudatoria del régimen e incluso de la que se atenia a la mera descripción de los datos de la vida colectiva. Ya era un atrevimiento el simple intento de referirse a los datos de la realidad social y de interpretarlos a la luz de la Sociología comparada. Así lo vieron los medios de comunicación más o menos independientes que empezaban a asomar por entonces en la vida pública española. Durante un par de años el F1 fue una continua referencia en esos medios.

El análisis sociológico que contenía el F1 era una garantía de modernidad. Se traducía incluso icónicamente a través de la cubierta del libro, con su novedoso diseño de *op art* (realizado por Francisco Espinosa). Era un estilo que se situaba por entonces en la vanguardia estética y que hacía furor en Nueva York. Lo fundamental fue que, a través de ese estudio y de otros parecidos (por ejemplo, los del Instituto de la Opinión Pública), se empezaba a legitimar el menester sociológico.

Visto el éxito editorial del F1, la Fundación FOESSA dio un paso más en la idea de promover estudios sociológicos auspiciados por lo que podríamos llamar "catolicismo social". Se trataba fundamentalmente de la ACNP (Asociación Católica Nacional de Propagandistas), el Instituto Social León XIII, Cáritas Nacional, etc. Conviene precisar que, bajo la abstracción de esas siglas y etiquetas, había personas físicas, todas ellas muy activas y comprometidas, por lo general con un punto de independencia de la línea

oficial. Cito algunas con las que tuve entonces más relación y que iban a marcar el ideario de FOESSA: Francisco Guijarro, Luis Sánchez Agesta, Ramón Echarren, Leopoldo Arranz, Aristóbulo de Juan. En octubre de 1966 la Fundación FOESSA convocó un concurso para la realización de un "Sistema de indicadores sociales" que había de servir de base para posteriores informes. Era un decidido reconocimiento de la Sociología como ciencia con un propósito aplicado a la resolución de los problemas sociales.

En julio de 1967 se falló el concurso y yo obtuve el primer premio al frente del equipo de DATA. El segundo premio correspondió a Juan Díez Nicolás y el tercero a Antonio Medina Medina. Aparte de las personas mencionadas, se habían incorporado al equipo realizador del estudio otros estudiantes, como José Ramón Andérica, Jaime Martín Moreno o Jesús M. de Miguel. Seguíamos contando con el asesoramiento de Juan J. Linz. El jurado que falló el concurso lo integraron José Castillo Castillo, José Jiménez Blanco, Francisco Murillo Ferrol y Román Perpiñá Grau. Los tres trabajos premiados se publicaron en Fundación FOESSA, *Tres estudios para un sistema de indicadores sociales* (Madrid, Euramérica 1967). El estudio que yo presenté intentaba ser una preparación teórica y metodológica para un ulterior informe de mayores vuelos. Aparte de los capítulos incluidos en el F1, se añadían otros de mayor enjundia sociológica: estratificación y movilidad social, sectores marginados, vida política y asociativa, familia, actitudes y valores, urbanismo. En todos ellos se desplegaba un gran esfuerzo por construir índices y tipologías a partir del "análisis multivariable" de Lazarsfeld.

En abril de 1969 la Fundación FOESSA, a través de un comité de expertos (constituido por José Jiménez Blanco, Enrique Martín López, José Ros Jimeno y Miguel Siguán Soler) me encargó la realización de un segundo informe. Se trataba de aplicar el proyecto de indicadores sociales que había premiado la Fundación. Su realización llevó menos de un año de intensísima dedicación. Se publicó en 1970 con el título: *Informe sociológico sobre la situación social de España, 1970* (Madrid: Euramérica, 1970) (en adelante F2). A pesar de la premura de tiempo, el F2 fue mucho más detallado y elaborado que el primero. Baste

decir que contenía 1634 páginas en cuarto, a las que se añadían algunas más desplegadas. Todo el trabajo se hizo en menos de un año. Ni siquiera ahora logro explicar cómo se pudo hacer en un tiempo tan escaso. Con la excepción del capítulo de "vida religiosa" (redactado por Juan González-Anleo, 35 páginas), todo el texto lo redacté yo mismo, auxiliado por una hueste de animosos colaboradores. Cada uno de ellos se encargaba de buscar la bibliografía y los datos secundarios correspondientes a un capítulo de la investigación. Luego se añadían los datos primarios (de encuesta). Aparte de las personas mencionadas se añadieron estas otras, todas ellas estudiantes: María Paz Juárez, Benjamín Oltra, Eduardo Sevilla-Guzmán, Juan Salcedo, Jesús Martínez Paricio y María Paloma de la Peña. Nuestro lugar de trabajo era un abarrotado "despacho de Serrano 19", que funcionaba a un ritmo trepidante. Se observará que no pocos de los estudiantes que colaboraron conmigo en F1 y F2 años más tarde llegarían a ser catedráticos. Para ellos, el esfuerzo de colaborar en los "foessas" fue el equivalente de las escasas oportunidades de investigar que existían en la Universidad.

La organización del trabajo para realizar el F2 requirió que me desgajara de Data y montara un despacho profesional por mi cuenta. Lo hice con el riesgo que suponía ser el primer despacho en España que se atrevía a ser de "Sociología". Era una novedad incluso de carácter fiscal. Al tiempo me incorporé como profesor adjunto de Sociología a la Universidad Autónoma de Madrid, recién creada por entonces, en el departamento dirigido por José Jiménez Blanco. Esa estructura permitió una dedicación verdaderamente intensiva de los miembros del equipo investigador, así como la constitución de una biblioteca especializada y un acopio de datos secundarios sin equivalencia en España. El trabajo de campo para las encuestas que constituían la base de la investigación se contrató con Data. El F2 constituyó un éxito editorial, más incluso que el F1. La proyección en los medios de comunicación fue extraordinaria. Los años de mayor desarrollo económico de la Historia de España demandaban a los periodistas que se ocuparan de las transformaciones de la sociedad. Nada mejor que tirar de los estudios sociológicos.

La novedad metodológica respecto a los trabajos anteriores fue que el F2 manejaba una ingente cantidad de datos numéricos (estadísticos y de encuesta), datos cualitativos, índices y tipologías hasta la saturación. Se incorporaban muchas series temporales de datos y abundantes distribuciones provinciales. Se añadían imaginativos mapas y gráficos (diseñados por Jesús M. de Miguel). Conviene advertir lo obvio, que entonces los gráficos y los mapas había que hacerlos a mano. Contamos en el equipo con un excelente delineante: Antonio Benítez. Aunque el F2 tenía detrás un equipo, no era un "libro colectivo" como suele ser sólito en este tipo de empeños. Para mal y para bien era un libro enterizo, derivado de mi aprendizaje en Columbia de la mano sobre todo de Juan Linz.

La novedad más llamativa del F2 fue la inclusión del capítulo sobre "vida política y asociativa". Por precaución, enviamos los tomos del original multicopiado al Ministerio de Información para "consulta voluntaria". El ministro era a la sazón Alfredo Sánchez Bella. El manuscrito pasó el trámite con todas las bendiciones de la Ley, salvo algunas correcciones de pequeña monta. El libro se imprimió y se encuadernó. Fueron 5000 ejemplares, una cantidad desusada para un mamotreto técnico. A punto ya de su distribución, recibí una llamada del ministro Vicente Mortes, con quien había colaborado y en algunos trabajos para el Plan de Desarrollo. Mi sorpresa fue mayúscula al decirme Mortes que el F2 no podría salir a la calle: había "un capítulo intolerable para las alturas, el de la vida política". Objeté que el volumen estaba ya impreso y que tenía las bendiciones de la censura (oficialmente "gabinete de orientación bibliográfica"). El ministro me dijo que se identificaba conmigo e incluso con algunos artículos "aperturistas" que publicaba yo por entonces en el diario *Madrid*. Pero el capítulo de marras no podía salir; era la orden expresa del almirante Carrero (el reaccionario jefe de Gobierno). La única salida era hablar con el subsecretario de Información para ver de llegar a un acuerdo.

El "acuerdo" fue realmente una imposición; no en vano estábamos en un régimen autoritario. El ministerio decidió unilateralmente la compra de los 5000 ejemplares del capítulo de marras a precio de coste editorial. El editor que me acompañaba no tuvo más remedio que firmar el extra-

ño contrato de adhesión. Los 5000 ejemplares del capítulo serían distribuidos a los altos cargos del régimen, porque "ellos sí tenían la madurez suficiente para conocer la realidad". (Así lo afirmó, estólido, el subsecretario). El capítulo fue arrancado de todos los ejemplares y se procedió a encuadernar otra vez el informe. Pero nadie cayó en la cuenta de que en el índice detallado del F2 figuraban los epígrafes del infausto capítulo. Así pues, los lectores imaginaron perfectamente la infame guillotina de la censura. Eso hizo que hiciéramos por nuestra cuenta varias ediciones multicopiadas del capítulo, que corrieron de mano en mano como pliegos de cordel. Una parte se publicó más tarde en inglés dentro de un libro colectivo compilado por Stanley Payne. En 2003 reproduce el texto íntegro del capítulo en mi libro de memorias, *El final del franquismo: testimonio personal* (Madrid, Marcial Pons). Ahí se puede ver que el texto del capítulo resulta muy moderado y contenido, pero en su día supuso un aldabonazo. Fue un episodio minúsculo pero significativo en la inexorable marcha hacia la sustitución del régimen por una democracia. Por aquellos días publicaba yo en la prensa que realmente estábamos ya en el postfranquismo, solo que en vida de Franco. Por cierto, esa aseveración mía me costó una reprimenda de Fraga. ¡Qué lástima no haber previsto que Fraga iba a ser uno de los redactores de la Constitución postfranquista!

Enrique Gómez Arboleya solía repetir en clase que "los avatares de la Sociología son un reflejo de la marcha de la sociedad". Buena prueba de ese aserto es que la peripecia personal que aquí relato en torno a los informes de Foessa son una expresión mínima de los intensos cambios de la sociedad española durante los años sesenta del pasado siglo. Esa transformación se vio favorecida por la excelente coyuntura económica de los países centrales. Conviene advertir que los cambios en España fueron sobre todo de índole económica, aunque también repercutieron en la estructura social y algo menos (de lo deseado por algunos) en la política. Es decir, España despegó económicamente gracias a la acumulación de trabajo y la inyección de capital que supuso la emigración exterior y la llegada del turismo masivo. Se generalizó el consumo y se hicieron más intensas las corrientes de movilidad geográfica y social. Se

inició el proceso de secularización religiosa y el fin del "nacionalcatolicismo". El decenio de los años sesenta se llamó desde el principio, según una declaración de las Naciones Unidas, la "década para el desarrollo". Lo fue con creces en el caso español.

El año crucial de 1964 significó el comienzo de los "planes de desarrollo", el máximo de crecimiento vegetativo de la población y la introducción de la píldora anticonceptiva. Empezaban los años de mayor crecimiento económico de nuestra Historia, antes y después de ese dinámico decenio. En política se empezó a notar un intento de apertura dentro de las "familias del régimen" y con una tímida oposición interior que entonces pasaba por "independiente". Iba a ser el fermento que, solo a la muerte de Franco, cuajaría en lo que se llamó "transición democrática". Juan Linz, en un artículo clásico, describió esa última fase del franquismo como "régimen autoritario". Más que un verdadero impulso de apertura, realmente significó la imposibilidad de poner diques a las corrientes de libertad que se abrían espontáneamente por todas partes en España. Por eso lo que parecía "apertura" era en realidad una serie de diques de contención. De momento el régimen se mantenía firme concediendo cierta libertad económica ("liberalización") que arrumbaba los imposibles dirigismos de la primera fase totalitaria. España no podía entrar en el Mercado Común pero sí en la OCDE (los países desarrollados o en trance de serlo).

El hiato entre las dos fases del régimen se produjo en 1959 con el Plan de Estabilización Económica. No es casualidad que, a partir de esa fecha, se hicieran sentir los primeros escarceos de la Sociología empírica en España. Subrayo lo de "empírica" por la relación que tiene con los procesos que describo. Al régimen político no le importaba mucho que se escribiera una Sociología teórica o discursiva, incluso de índole marxista. La condición era que esa Sociología se presentara de una forma suficientemente abstrusa y se redujera a los círculos académicos o intelectuales. Pero la Sociología con datos de la realidad era harina de otro costal, sobre todo si llegaba al gran público a través de los medios de comunicación. Esa deriva debía ser cuidadosamente vigilada para salvar las esencias del régimen. Solo que, una vez más,

sucedió que las corrientes de la realidad se desbordaron y las autoridades no las lograron contener con los sacos terreros de la institucionalización política de la "democracia orgánica".

El lector habrá anotado un dato, aparentemente circunstancial, que condiciona el modo de hacer sociología de los primeros "foessas": el equipo estaba integrado fundamentalmente por estudiantes. Hoy diríamos que eran "becarios". En efecto, su trabajo consistía primordialmente en aprender, en hacer prácticas, cosa que no se podía realizar bien en los cursos regulares de la Universidad, demasiado teóricos, en el sentido más amplio de la palabra. La Sociología estaba en *status nascens* en España. La prueba es que las primeras promociones de profesores de Sociología que por entonces ejercíamos en Madrid generalmente nos habíamos formado fuera de España o en otros casos procedían de materias filosóficas o jurídicas. No es vanidad recordar esos hechos. Al menos en mi caso, sin la experiencia discente en los Estados Unidos, hubiera sido imposible realizar nada parecido a los "foessas" y otros trabajos conexos. Podría citar a este respecto, otro éxito editorial, la *Sociología del franquismo* que publiqué en la primavera de 1975 (entre febrero y mayo salieron ocho ediciones) con un método de análisis de textos. Curiosamente, son textos de los ministros de Franco, pero se evitan por sistema los textos del Caudillo. Esa fue la condición del "gabinete de orientación bibliográfica" para que el libro pudiera imprimirse. Es una minúscula ilustración de la tesis de los "diques" antes apuntada. De forma más general representaba la maravillosa incongruencia de un régimen autoritario. De haber sido congruente no se habría pasado de la formulación totalitaria.

Al revisar ahora las páginas de los "foessas" me llama la atención la ingenua mentalidad "desarrollista" con que fueron escritas. Por mucho que yo me decantara por el disenso político, no dejaba de participar en el "desarrollismo", que fue la ideología que permeó los gobiernos "tecnocráticos" de los años sesenta. Fue la ideología que concedió al régimen una segunda legitimación de ejercicio, ya que iba perdiendo vigencia la legitimación de origen. La esencia de esa ideología era la confianza en que el desarrollo económico iba a resolver por sí mismo el problema de la sucesión del régimen

autoritario y, de paso, la consecución de otros valores abstractos, como la libertad o la igualdad. Esa ideología empapa las páginas de los "foessas", más todavía del segundo. A este respecto vale la pena recordar la famosa frase de Laureano López-Rodó (el artífice de los planes de desarrollo): "Cuando España alcance los 1000 dólares de renta per cápita, tendremos partidos políticos".

La verdad paradójica fue que la transición democrática de 1976 y siguientes advino en medio de la profunda "crisis del petróleo". Luego el éxito económico no aseguraba por sí mismo la modernización democrática. Curiosamente el impulso democrático que trajo la II República también se produjo en medio de la depresión económica de los años treinta. Todavía hay otro precedente más lejano de esa paradoja: la restauración liberal de Cánovas en 1876 se produjo al tiempo de una aguda crisis agraria en todo el mundo. Diríase que los españoles de la época contemporánea se han propuesto establecer la libertad en momentos de crisis económica. Puede que esa asociación sea puramente azarosa, en cuyo caso al menos hay que reconocer que el desarrollo económico resulta bastante independiente de la modernización política. Puede ser también que las crisis económicas sean solo episodios momentáneos después de una tendencia más duradera de desarrollo.

Aparte de la influencia formativa que supuso mi paso por los Estados Unidos, hay una razón adicional para que yo me sumara a la ideología desarrollista. Simplemente mi biografía que se iba tejiendo entonces, junto a la de otros colaboradores, eran ejemplos de una notable mejora económica y del consiguiente ascenso social. Por ese lado, la tesis del formidable desarrollo económico de España no era un espejismo; respondía a lo que estaba pasando a mi alrededor.

Otra tacha que encuentro ahora en el F2 es el exceso de citas foráneas, como si de ese modo se quisiera revestir el texto de autoridad académica. Añádase el detalle minucioso de las citas de las fuentes de datos hasta llegar al escrúpulo. Se trataba de una reacción de quien desea aprovechar los apuntes de los años formativos y de quien aspira en vano a un puesto académico. Debe anotarse que, mientras se elaboraban los "foessas", pasé yo por dos oposiciones a cátedra en las que fui reprobado. Por lo visto no era

suficiente el mérito de haber acumulado un inmenso trabajo de investigación.

Como ejemplo de citas extemporáneas o dislocadas se puede registrar la primera con que comienza el F2, nada menos que un pensamiento de Mao Tse-Tung. Menos mal que esa impenzada fuente de autoridad se trajo a colación para decir que "quien no ha investigado no tiene derecho a hablar". A saber qué entendería por "investigar" el Gran Timonel. Con los años me aficioné más a solicitar la autoridad de José Ortega y Gasset cuando dijo lo de "o se hace ciencia, o se hace literatura, o se calla uno". Por lo menos yo he tratado de hacer las dos cosas; por eso no me he callado.

La ciencia de la Sociología se despega poco de la Literatura, o mejor, de las Humanidades porque le resultan muy difíciles las mediciones y todavía más las previsiones. Aun así, el F2 aparece transido de la obsesión de medirlo todo y de anticipar el futuro inmediato. En un momento en el que se puso de moda la prospectiva. Ni qué decir tiene que ambas intenciones resultaron frustradas muchas veces por un exceso de ingenuidad. Como compensación, el mayor acierto fue la aproximación al método comparativo, tanto en el tiempo como en el espacio. A su vez, en el F2 las comparaciones internacionales (especialmente con los países europeos vecinos) alternaban con las comparaciones intranacionales. No conozco ningún otro estudio sociológico español en el que se haya desarrollado tanto el esfuerzo comparativo. Una vez más, esa orientación procedía en mi caso del magisterio de Juan J. Linz.

La dificultad mayor de las comparaciones está en la escasa fiabilidad de los datos en tiempos anteriores o en países poco desarrollados. Por eso mismo la mayor utilidad del F2 se reveló años después cuando dirigí los cinco volúmenes sobre "La sociedad española" que publicó la Universidad Complutense entre 1992 y 1997. Me asombra ahora la impresión de haber manejado un extraordinario cúmulo de datos sobre la sociedad española. No sé si con tantos árboles se podrá ver el bosque. De momento, el F2 manifestaba una especie de "síndrome de Noé", como si fuera a perecer el mundo y hubiera que salvar una muestra de todos los posibles datos sobre la sociedad española. Se podría argüir que Noé no salvó a todas las especies animales por-

que el diluvio no fue universal. Pero Noé por lo menos aprendió a construir barcos y a mantenerlos a flote con su heteróclito pasaje. En nuestro caso la realización de los "foessas" sirvió primariamente como aprendizaje del equipo investigador. No puedo recordar el tiempo que yo dediqué a enseñar a los estudiantes-colaboradores, pero puede que fuera más de un tercio. Era una forma de pago en especie para compensar lo magro de las retribuciones. La generosa dotación que nos concedió FOESSA resultó insuficiente porque superamos con creces los objetivos de cantidad y calidad de datos y análisis. No estaba previsto que dedicáramos tanto esfuerzo a enseñar y a aprender. El método de enseñanza era el equivalente del autor que revisa con atención las pruebas de galera de su manuscrito: lo fundamental es detectar errores. El prodigioso avance de la ciencia se hace muy humilde al considerar que su misión fundamental es ir eliminando errores de recogida de datos, de cálculo y de interpretación.

El enfoque común a los "foessas", derivado de los propósitos de la Fundación patrocinadora, fue el de destacar el carácter *social*, como indica el título de la Fundación y de los informes. Lo "social" no era más que el conjunto de los aspectos de la sociedad que costaban dinero (sobre todo dinero público) y producían un estado de opinión, generalmente polémico. A veces lo "social" era, en la práctica, la forma de presentar alternativas que tenía el Gobierno para que los españoles no se entrometieran en asuntos políticos. Por eso mismo fue tan fundamental que en el F2 planteáramos el capítulo sobre "vida política", aunque lo fuera de una forma tan circunspecta. La misma racionalidad hizo que el Gobierno lo suprimiera de una forma tan burda.

La realización del F2 supuso una acumulación de esfuerzo tan ingente que ese mismo hecho –por estar inmersos en él– nos impidió ver algo que ahora parece claro. El desarrollo económico español de los años sesenta se debió más que nada a una insólita aplicación del trabajo y del estudio por parte del grueso de la población. Fue una buena ilustración del principio de indeterminación o de incertidumbre de Heisenberg, aplicado metafóricamente a la estructura de la sociedad. No se puede medir adecuadamente la posición y el cambio de un elemento de la socie-

dad cuando el observador es parte de esa misma realidad. Habrá que recordar aquel consejo que se daba al artista: el buen pintor no debe ser parte del paisaje que pinta. Pero, por otro lado, sabemos que el observador desapasionado o lejano tampoco entiende bien la realidad social si no la experimenta como algo vivido. A estas alturas no sé si el equipo realizador del F2 había conseguido en 1970 el equilibrio necesario para evitar los dos extremos no deseados que comento. Me temo que, por muy proclives que fuéramos a sostener el principio de "neutralidad afectiva", los realizadores del F2 estábamos demasiado involucrados en la misma vida pública que tratábamos de observar. Para mí que el sesgo estaba entonces en el exceso de intensidad política con que considerábamos el objeto de nuestras pesquisas sociológicas.

Durante la ejecución del F2 o en los meses subsiguientes algunos miembros del equipo investigador fuimos sometidos a ciertas molestias policiales por razones de nuestra curiosidad política, y eso que la posición política que manteníamos era asaz templada. Yo mismo –aunque colaboré ocasionalmente en la revista *Cuadernos para el Diálogo* y más asiduamente en el diario *Madrid*– no pertenecí nunca a ninguno de los numerosos grupos políticos de oposición. Por ese lado estaba más cerca de José Luis L. Aranguren (con quien mantuve muy buena relación), que era crítico del régimen, pero no aspiraba a ningún cargo, ni dentro del franquismo, ni de la hipotética democracia. Esa inapetencia hizo que, para algunos sectores de la oposición, el trabajo sociológico que yo hacía era poco menos que tecnocrático o colaboracionista con el régimen. Sobre todo, destacaba una injusta crítica general, la de que la Sociología que yo trataba no tenía una apoyatura teórica y era simplemente norteamericana. Naturalmente, eso se decía con desprecio, debido al tradicional resentimiento que suelen tener los intelectuales españoles respecto de los Estados Unidos. Puede que la teoría subyacente en los "foessas" fuera solo de "rango medio" –al decir de R.K. Merton–, pero iba más allá de la mera descripción (el *nose counting* que dicen en los Estados Unidos). Por otra parte, no hay tal cosa como una "Sociología norteamericana" (empírica) enfrentada a la "europea" (teórica). En uno y otro continente hay lugar para la teoría y para el análisis empí-

rico. Lo que no puedo negar es que los "foessas" fueran la natural consecuencia de mis años formativos junto a Juan J. Linz en Columbia y Palo Alto. Por cierto, los cursos que daba Linz en Columbia eran de teoría y no digamos los de Merton. Solo que en ambos casos la teoría se basaba en un buen conocimiento de la investigación sociológica. Bien es verdad que lo mío no ha sido nunca la especulación teórica. Leí a Marx antes de cumplir yo los 20 años y esa temprana inmersión me sirvió de vacuna.

Las cuestiones de método fueron desplegadas con generosidad en los dos "foessas", singularmente en el segundo. Baste decir que el capítulo sobre el método del F2 ocupaba 283 páginas. El volumen de datos que manejamos era verdaderamente excepcional. Se levantó una muestra general de 4000 entrevistas a la que se añadió seis pequeñas muestras estratégicas en Madrid (estudiantes, profesionales, obreros y chabolistas). Dado que los cuestionarios eran largos, el volumen de datos de encuesta alcanzó las 40.000 tarjetas perforadas. Pocas encuestas sociológicas en España habrán superado ese volumen de información; ninguna con una amplitud equivalente se ha hecho con menor coste y en menor tiempo. También es verdad que ninguna otra investigación comparable ha tenido tanta difusión en los medios, ni siquiera los informes sobre "la sociedad española" de los años noventa. La explicación está en que en los años sesenta los medios de comunicación no disponían de muchos datos sobre la economía o la sociedad. Así que para ellos el F2 era una mina informativa. Lo de las "muestras estratégicas" se nos ocurrió sin mucha premeditación, por razones de coste. Eran grupos específicos de personas más dispuestos a contestar preguntas comprometidas. No era tan necesaria su representación nacional. La idea de "muestra estratégica" procede de Merton.

Algo tengo que decir sobre la redacción y el estilo de los "foessas". Conviene retener que los dos estudios los redacté en medio de la angustia que supone la preparación de dos fallidas oposiciones a cátedra. Esa experiencia explica parcialmente el tono de los informes: erudito, académico, con el escrúpulo de citar el dato exacto, la fuente precisa, la oportuna referencia bibliográfica. Aun así, los porcentajes de encuesta se muestran sin decimales, cuando en aquel

momento (y aun en el presente) era corriente en los análisis de encuesta la exhibición de porcentajes con (al menos) un decimal. Esa falsa precisión es un ejemplo de lo que Merton criticaba como *misplaced concreteness* (=precisión fuera de lugar).

Aunque el texto del F2 iba dirigido más al público general culto que a los colegas, se encuentran numerosos tecnicismos, algunos, sobremanera ingenuos. Al leerlo ahora me sorprende que entonces no me hubiera impuesto la norma de que las frases no excedieran de 30 palabras. Fue buena la decisión de separar el texto de las tablas, en un trabajo tan colmado de información. En el F2 se intercalaron frases en cursiva a modo de conclusiones. Ese recurso nos sirvió después para componer lo que llamamos "el foessita", esto es, una versión abreviada del F2, que salió a la luz en 1971. De esa forma llegamos a un público todavía más amplio.

Otro factor de complejidad fue que en el F2 se acopiaron muchas citas, algunas de ellas extremadamente largas. Era la consecuencia automática de trabajar con fichas de lecturas realizadas previamente. Esa desmesurada exhibición bibliográfica era una expresión más del deseo de impresionar a un hipotético tribunal de oposiciones. Tengo que dar las gracias retrospectivas a los catedráticos que me hicieron esperar tanto tiempo para ingresar en el cuerpo.

Como se podrá comprender, en los años sesenta no existían los ordenadores personales, así que el texto de los "foessas" lo escribí a mano. El original se engrosaba por un sistema de "corta y pega" y de añadidos de frases en los márgenes. Era casi un palimpsesto. El manuscrito final se pasaba después a máquina en clichés de multicopia. Ese trabajo mecanográfico lo realizaron varias personas *per magnis itineribus*. Siempre tuve la sensación, con este trabajo y con otros, que los sociólogos somos realmente los cronistas de nuestra sociedad para que algún día la conozcan los historiadores del futuro.

La desmesura de los "foessas", sobre todo el segundo, no estaba tanto en la longitud de los textos como en la profusión de datos numéricos, de encuesta y más aún "secundarios" (fuentes publicadas, a veces inéditas). Recuerdo una crítica que me hizo por entonces Román Perpiñá. A saber, los informes adolecían del primitivismo de los científicos en la primera etapa de su actividad

investigadora o en el primer estadio del desarrollo de su respectiva ciencia. El primitivismo se manifestaba en la obsesión de acopiar también los pasos intermedios que conducían al resultado general. De esa forma el aparato de información estadística se densificaba hasta la exageración. Tenía razón Perpiñá, aunque yo me defendí

entonces aduciendo que mi técnica era más bien la de los pintores que muestran sus cuadros pero también los bocetos y dibujos que preparaban la pintura definitiva. Ahora veo que mi defensa, aunque puesta en razón, era débil. Me salva acaso la necesaria ingenuidad de los descubridores, aunque lo mío fuera descubrir el Mediterráneo.